



Efraín

Ricardo Cabrera
Julio 07, de 2020

Nuestra ciudad se nutre de las muchas historias que protagonizamos día a día, algunas de ellas resultan tan fantásticas que trascienden el ámbito local en el cual ocurrieron para formar parte de nuestro imaginario.

En ocasiones, muchas de estas se pierden en el olvido, o la difusión de ellas, si bien va, será objeto de una plática por la tarde, en la compañía de un café, rodeados por la familia o amigos ocasionales. Este es el caso de este curioso relato.

Me fue referido por casualidad. Eran casi las cinco de la tarde, estábamos a punto de concluir nuestra jornada de trabajo en el complejo de La Venta, Tabasco. El sol, era agobiante, y la falta de un lugar fresco me obligó a refugiarme en el contenedor que servía como almacén, en el lugar, algunos trabajadores tuvieron la misma idea que yo, Efraín, con quien había tenido ya había tenido oportunidad de amenas charlas, acomodaba las herramientas que los trabajadores iban trayendo.

Efraín es un hombre joven, de naturaleza vivaz y expresiva, el tipo de personas con las cuales empatizas inmediatamente, de hablar fluido y comunicativo. Después de unos minutos, retomamos la historia ocurrida en una etapa de su vida. Los recuerdos, de tan lejanos, ya no duelen, o al menos no lo hacen con la misma intensidad.

Transcurrían los primeros meses del año 2003, su familia, era pequeña, estaba compuesta por su hermana de seis años; él, con tres cumplidos, Olivia su mamá y Octavio, el padre; pareja bastante joven, cuyos problemas los estaban sobrepasando.



Olivia, había recibido la notificación médica como una sentencia, el cáncer de mamas se hizo presente en su vida, robándole la tranquilidad y sumergiéndola en una zozobra permanente por el destino de sus hijos pequeños.

Sus incursiones al hospital ocurrieron cada vez con mayor frecuencia y también con un mayor tiempo de permanencia. El tratamiento, fue una parte especialmente difícil, lidiar con ello, se tradujo en un desasosiego permanente para todos los miembros de la familia, y aunque; la solidaridad estuviera presente entre ellos, la situación era clara, Olivia, no mejoraba.

La joven mujer languidecía conforme el tiempo pasaba, la angustia por la soledad y el abandono en el cual pudieran quedar sus hijos debió ser terrible. Sobre todo, tratándose de Efraín, el niño, de naturaleza hiperactiva y aventurera le haría difícil acoplarse a un nuevo entorno familiar, no así de su hermana, ella, se trasladaría a casa de la abuela Mitzi, cuando su tiempo se agotara.

Y esto, ocurrió ese mismo año, dos días después de la celebración del día del padre. El abatimiento cayó como una pesada losa sobre Octavio, aun no cumplía los treinta años, y la carga emocional era demasiado para llevarla él solo. Nada parecía importarle, sumido en la depresión que ocasionaba la pérdida de su compañera de vida, los niños no representaban para él un papel relevante en esos momentos de aflicción.

La abuela, tomó bajo su protección a la niña, y Efraín tuvo que agenciárselas con su solitario padre. Fue un periodo bastante breve, su padre encontró pronto consuelo en su secretaria. Fabiola se hizo presente irrumpiendo en la vida del menor con el mismo efecto de un huracán, barriendo de golpe las memorias recientes de una reciente vida al lado de su madre.

Octavio, considerando que el casamiento con su secretaria era la mejor opción, pues aliviaría su soledad y serviría de apoyo a su menor hijo, no lo dudo dos veces. Cuatro meses después, el matrimonio era un hecho.



Los tres habitaban la misma casa impregnada aun de los recuerdos vivos de su madre.

Fabiola, mujer atractiva y de natural alegre, prodigó al pequeño los cuidados necesarios para consolidar una nueva familia. Los esfuerzos de la joven mujer se tradujeron en una inicial atmosfera de armonía y consideración. Octavio estaba convencido de haber tomado la decisión correcta, con el tiempo, tal vez, podría traer a su hija a su lado y estar todos juntos otra vez.

La colonia Nueva santa María, era por ese tiempo un excelente lugar para vivir, recibió el nombre por ser una extensión Santa María la Ribera, nombre de la antigua hacienda que con el paso de los años se fraccionó en tres grandes extensiones. De carácter residencial y comercial, la nueva colonia ofrecía un estilo de vida placentero, con lugares recreativo y culturales, era un lugar socorrido por los habitantes del estado de México para llegar los fines de semana.

La casa familiar localizada en la calle Pomarrosa, cerca de la prolongación Toronja era un lugar idóneo para vivir.

La casa, bastante amplia, con habitaciones suficientes y servicios para todos, proveía de las comodidades necesarias para evitar el hacinamiento. Además de ellos, un jardín.

Olivia, solía pasar sus tardes en ese lugar, frecuentemente acompañada de Efraín, madre e hijo crearon un lazo tan fuerte que pronto demostraría la trascendencia de ello.

Para Fabiola, quien en un principio destacó las bondades del lugar donde vivían, pronto dio muestras de verse sobrepasada por eventos que se escapaban a su entendimiento. La casa comenzó a convertirse en un espacio vivo, pero no gracias a ella, sentía la presencia ominosa cada vez mayor de algo que no acertaba a saber con precisión, pero que, sin duda, le robaba la paz.



Por las noches, las cosas no iban a mejor, la sensación de una pesada losa que oprimía su cuerpo hasta el sofocamiento impidiendo que pudiera pedir ayuda, pero con la clara conciencia de lo que ocurría a su alrededor. Esta situación de terror nocturno se prolongó durante bastante tiempo. Octavio, solo atinaba a decirle que era cuestión de nervios, que la situación sería un estado pasajero, mientras pudiera acoplarse a la idea de estar en su nueva casa.

Por un tiempo, la abuela durmió con ellos, compartían una litera, desde la parte de arriba, la mujer velaba por ellos, asegurándose de que su afecto fuera lo más cercano a una madre.

Fabiola, intentó convencer a su esposo de deshacerse de ropa y fotografías de su antigua esposa. Sin embargo, estas continuaron formando parte del inmueble, por supuesto esta situación hizo que los ánimos de todos se situaran en estados límites. Obligando con ello a tomar una trascendental decisión, Fabiola, mediante un ultimátum, obligo a Octavio a considerar el cambio de domicilio, so pena de irse ella. No le era posible seguir viviendo en una casa que no la quería, y eso era un hecho. Octavio, reacio en un principio, fue convencido por el nuevo estado de Fabiola, se hallaba embarazada y según sus consideraciones lo mejor era prodigar un lugar donde ella pudiera sentirse bien.

Es evidente que la noticia no fue bien tomada por sus hijos, siendo menores, su voto tuvo el mismo efecto que escribir en el agua.

Su viaje los lleva a un nuevo destino en Cuautitlán Izcalli, en Lagos de Moreno, la sección donde vivirían era nueva, el contacto con la naturaleza era mayor, podía decirse que apacible. Efraín no lo veía así, se sentía despojado de las cosas que le eran comunes y que lo llenaban de viejos y queridos recuerdos.

El resentimiento del menor se tradujo en una conducta menos soportable para la mujer embarazada. Al nacer Ximena, la situación empeoró para el niño, se



sentía desplazado de la vida de su padre, las atenciones parecían centrarse solo en la vida de la recién nacida.

El refugio del niño, fueron tardes sucesivas de conversaciones con alguien que no podía ubicar, Fabiola, presa del miedo, decía a su marido que el niño no estaba bien de la cabeza, lo oía hablar solo y cuando le preguntaba, él volvía la mirada y le decía que una mujer le hacía compañía.

La mujer, horrorizada, veía en el niño una amenaza latente para la estabilidad de su hogar. Fabiola, presa de una nueva excitación nerviosa convirtió la vida del pequeño en un constante martirio. Su actitud hostil hacia él era patente, aunque; claro, solo ocurría en ausencia del padre. Eran frecuentes las quejas sobre el mal comportamiento del menor, las tardes del padre se convertían en un rosario de motivos de descontento de la mujer. Octavio, por supuesto, prefería prolongar el tiempo de regreso a casa, en el camino, suspiraba pensando en la nueva queja que recibiría sobre el pequeño Efraín.

La situación se prolongó por más tiempo del que hubieran deseado, las conversaciones con la mujer imaginaria eran habituales, en contrapartida, las agresiones verbales por parte de Fabiola, quien se vía cada vez, menos dueña de la situación. El clima se hacía insostenible para todos prácticamente. Por su parte, Efraín, sentía en su interior que el estado de exaltación permanente de su madrastra, era justa, y por fortuna él tenía a alguien que lo protegiera, aunque nadie la viera, excepto él.

La familia se acostumbró a vivir este nuevo clima de “normalidad”. La abuela, era la única, posiblemente a quien el estado emocional del niño le importara, de ahí en fuera, la impresión para ella, era que durante un período de ya casi cuatro años, el niño tuviera la misma importancia que un *cheeto*. Su séptimo cumpleaños fue de suma importancia para Efraín, ahora estaba en la seguridad plena de que las apariciones del pasado eran las de su madre. Por primera vez,



frente a él, la mujer que tanto había amado, se presentaba, era tan real como las cosas que lo rodeaban. Se sentía amado con una nueva fuerza, los sinsabores de los años precedentes ya no tenían sentido. Importaba el aquí y el ahora, y este se había llenado con la presencia tangible de su madre muerta.

Esta situación, pronto fue de conocimiento de los demás integrantes de la casa, Fabiola en particular presionaba al niño hasta más allá de lo considerado como sano.

Por lógica la actitud del menos se hizo más inestable y rebelde. Los continuos ataques de la mujer tuvieron su clímax un día en el cual, mientras ella, se encargaba de los quehaceres de la casa, el niño jugaba con su Ximena, la niña era de las simpatías de Efraín, aun cuando la madre se negara la oportunidad de considerarlos como hermanos. Hasta los oídos de Fabiola llegaron los gritos lastimeros de su hija, Efraín en forma accidental la había dejado caer, la visión de la madre fue clara, la niña había sufrido un “ataque” de su desafortunado hijastro. Su cólera al ver el labio sangrante de su hija se tradujo en la expulsión del hogar.

La calle recibió a un niño lleno de miedo que sentía ser inocente de las acusaciones de la enfurecida mujer. El cielo se ennegreció y el viento comenzó a soplar con más fuerza de lo habitual, una lluvia torrencial bañó literalmente las calles, sin refugio alguno donde escudarse y temiendo ir más lejos de la puerta de su casa, el cuerpo del niño soportó estoico la fría lluvia.

Octavio, también fue alcanzado por el aguacero, corrió con la rapidez de su juventud para llegar a su casa. Grande fue su sorpresa al encontrarse a su hijo completamente ensopado, las lágrimas del niño se confundían con el agua que resbalaba por sus mejillas, el corazón del padre se apretó en un puño. En ese preciso momento comprendió lo duro de la vida de su hijo. Entró furibundo a la casa, el reclamó subió de tono, las excusas de la mujer se centraron en lo



incorregible del menor, y la agresión artera a su hija. Le mostró el labio abierto e hinchado de Ximena, además de las “locuras” de su hijo.

La vida se había hecho insostenible para Fabiola, el cuasi odio hacia el menor, a quien consideraba un intruso en su posible felicidad aumentaba día con día.

Para Octavio la situación no era mejor, ante esto, tomó a su hijo y fue trasladado ante la presencia de la abuela, la mujer, sin reparo alguno recibió a su nieto, recriminando a Octavio no haberlo hecho antes.

Días de paz se presentaron en su hogar temporal, misma paz que abandonó a los moradores de la casa que dejara a instancias de la mujer que no lo quería.

Transcurrieron algunas semanas, el motivo del disgusto quedó en segundo plano y se le permitió al niño regresar.

Ximena, su media hermana había caído enferma durante su ausencia. El estado de postración de la menor se prolongó durante días. Era atacada por una fiebre desconocida, los médicos, desconcertados, no encontrando el origen de los padecimientos de la menor, equivocaban el diagnóstico y el cuadro de la menor empeoraba.

Efraín supo hasta mucho tiempo después el motivo por el cual se le permitió regresar.

Durante la noche de uno de los muchos días en los cuales la enfermedad no le daba tregua a la niña, Fabiola vio aparecer frente a ella a la mujer que había conocido tan bien en vida, en realidad se consideraban amigas. Y ahora, frente a ella, Olivia la veía con una mirada lejana, desprovista de enojo o revancha. Era tan nítida como la última vez que la viera con vida.

La escuchó hablar, su voz serena le exponía un hecho, su hija sentiría los síntomas de la enfermedad hasta las últimas consecuencias, la vida de ella se



perdería por su necedad de mantener lejos a su hijo Efraín. Solo su presencia de regreso le devolvería la salud perdida.

La mujer presa del pánico, se dirigió donde su menor hija yacía acostada, su aspecto cada vez menos lozano le despojó de sus resabios hacia el menor.

Aunque; omitió a su esposo los motivos por los cuales pidió que Efraín regresara, fue terminante, el niño debía estar con ellos, ya encontrarían una forma de llevarse mejor.

Octavio, gratamente sorprendido, fue a buscar de inmediato a su hijo, la abuela los vio irse esperando que para el niño comenzara un nuevo episodio en su vida.

La recuperación de la niña fue tan sorprendente como la decisión de Fabiola para que regresara. Pocos sabrían que la protección de la madre desaparecida era el motor. A partir de ese momento, la vida mejoró para todos, Efraín continuó con las visiones de su madre por un tiempo, hasta que pareció no necesita a su “ángel guardián”.

Fabiola, jamás fue una madre para él, pero si lo más cercano posible a una amiga. La mujer había comprendido a cabalidad que existen relaciones de amor, que ni la muerte puede romper. 